

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

ELISENDA PONS



►► Frédéric Dambel Llorens toca el saxo en el parque de Montjuïc, el martes.

Sorpresas en la 'ruta del ñu'

Fue cuando escuchamos las notas del saxo que esta crónica cambió. Hacía dos horas que deambulábamos por Montjuïc, desde la plaza de España hasta el MNAC, buscando pistas de lo que los policías conocen como *la ruta del ñu*: ladrones especializados en seguir los pasos a los cruceristas. El sábado, yo ya había acudido ahí, pero los motoristas habían ahuyentado a los ladronzuelos. El sábado, tampoco había barceloneses, una lástima porque el espectáculo de la fuente es hermoso por sencillo, y el escenario increíble.

El martes, regresaba. Solo había turistas inmortalizándose o tomando el sol. *La ruta del ñu* no aparecerá en esta crónica hasta en las últimas líneas porque, de repente, unas notas de jazz nos atraparon. Provenían de algún lugar cerca del Institut Cartogràfic de Catalunya, pero los árboles resguardaban al músico.

Seguir las notas de un saxo en una montaña es mágico: caminas solo un poquito y, sin darte cuenta, has olvidado a turistas, a ladrones, a agentes. Enfrente solo hay árboles, una fuente de la que brota agua, un silencio apacible, casi hipnótico, y el martes, el saxofonista. El músico seguía tocando a **Antonio Carlos Jo-**

bim. *Meditation* era la pieza, y el joven la gozaba tanto que era imposible interrumpirlo. Gracias a ese tiempo robado, Montjuïc se convertía en un parque: pasaban jubilados con perros, un chico escribía, una corredora aparecía como un barrido fotográfico cerca de la fuente.

Frédéric Dambel Llorens, el saxofonista, hacía una pausa. El joven es francés, profesor de música y el martes estaba, como ha hecho en los últimos seis meses hasta seis horas al

«En Francia hay más sanidad, más educación», reflexiona el saxofonista

día, ensayando en el parque. Explicaba que vive en Rocafort y que, antes que molestar a los vecinos, prefería ir a su Montmartre barcelonés.

Hace cuatro años, **Frédéric** dejó un París malhumorado, violento, estresante, indiferente por una Barcelona sencilla, humana e ilusionada. La crónica hasta aquí es un oasis, pero ahora viene esa parte que a nadie le gusta leer: «No sé qué haré el año que viene. Ahora todo es más triste.

En Francia, hay más derechos». ¿Derechos? «Más derechos sociales: sanidad, educación», decía. «Leí a **Pierre Bourdieu** y cambié algo», explicaba **Frédéric**. Entonces, narraba una anécdota que **Bourdieu** escribe en sus memorias. «Cuando era niño, su padre, un hombre humilde, lo llevó a la frontera para que escuchara los cañonazos de la guerra civil española. **Bourdieu** se convirtió en un pensador importante. Él que venía de Béarn, del sur, de lo que los franceses ven como el hoyo negro», decía.

Pierre Bourdieu es uno de los padres de la sociología contemporánea y sus obras son una crítica a la globalización liberal. Con una narrativa sencilla, describe un mundo —el nuestro— de dominaciones y violencias simbólicas. **Frédéric** se despedía de nosotras diciendo que el año que viene quizá nos pueda invitar a un concierto. Mientras, decía, practicaría en ese Montjuïc mezcla de tantas identidades: hay turistas, hay indigentes que duermen en cuevas, hay ladrones, hay sexo de pago y hay quien pasea.

Con solo un trozo de camino, estábamos de nuevo en *la Barcelona de los ñus*. Estaba abarrotada de turistas que buscaban la fuente. Era **Elisenda Pons** quien los veía primero. Eran cuatro, dos mujeres y dos hombres. Esperaban a sus presas. Nos veían y los veíamos. En un nanosegundo, se habían perdido entre el gentío. Un trabajador de la zona decía: «Sí, son ellos. Siempre están aquí esperando a los turistas». ≡



apiedecalle@elperiodico.com